

sociedad

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES (UBA)

Representación, democracia y Estado

Natalio R. Botana / Bernard Manin /
Ricardo Sidicaro / Liliana De Riz /
Roberto Gargarella / Marcos Novaro

Ciencias duras y ciencias blandas, ¿un problema
de método? / Francis Korn

Familia y rendimiento escolar en el ciclo primario
en un barrio de clase trabajadora/
Ruth Sautu - Jorge Vujosevich - Lucía Griselli

Las mujeres y el trabajo en la Argentina/
Catalina H. Wainerman

Dos textos de Max Weber sobre la Argentina

Notas de investigación • Textos • Comentarios
Reseñas • Revistas • Informaciones

6

ISSN 0327-7712 - ABRIL DE 1995 - \$ 10



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
 FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
 Decano
 Juan Carlos Portantiero
 Vicedecano
 Oscar Toto
 Secretaria Académica
 Marta Laferriere
 Secretaria de Gestión Institucional
 Olga Pisani
 Secretario de Posgrado
 Pedro Krotsch
 Secretario de Investigación
 Oscar Steimberg
 Secretaria de Hacienda y Administración
 Cristina Proverbio
 Secretario de Extensión Universitaria
 Miguel de Luca
 Secretario de Cultura y Bienestar Estudiantil
 Alejandro Gómez

sociedad © es una publicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Marcelo T. de Alvear 2230, (1122) Buenos Aires, Argentina. Teléfono 961-2015. Fax 541-9622531. ISSN 0327-7712. Aparece los meses de abril y octubre de cada año. Precio del ejemplar \$10. Suscripción anual: individual, \$20; instituciones, \$30; exterior, agregar \$10. Los artículos son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente la opinión de la revista. Diseño y armado: Viviana Mozzi. Se imprime en Gráfica Integral, Albarracín 1935, (1424) Buenos Aires, Argentina. Distribuye en la República Argentina: FCE, Suipacha 617, (1008) Buenos Aires, Argentina. Teléfonos 322-9063/0825. Fax 541-3227262. Distribuye en otros países: Fernando García Cambeiro, Box 014, Skyway, USA, 7331, N.W., 35th. St., Miami, Florida 33122; Oficinas: Cochabamba 244, (1150) Buenos Aires, Argentina. Teléfonos 361-0473/93.

SUMARIO

Representación,
 democracia y Estado

PRESENTACION	3
ARTICULOS	
Las transformaciones institucionales en los años del menemismo/ Natalio R.Botana	5
Los principios del gobierno representativo/ Bernard Manin	13
Consideraciones sociológicas (en clave clásica) sobre la relación Estado-empresarios en América latina en la década del 80 y tempranos 90/ Ricardo Sidicaro	39
Reforma constitucional y consolidación democrática/ Liliana De Riz	61
El ideal de la democracia deliberativa en el análisis del sistema representativo/ Roberto Gargarella	77
Crisis de representación, neopopulismo y consolidación democrática/ Marcos Novaro	95
Ciencias duras y ciencias blandas, ¿un problema de método?/ Francis Korn	119
Familia y rendimiento escolar en el ciclo primario en un barrio de clase trabajadora/ Ruth Santu - Jorge Vujosevich - Lucía Griselli	127
Las mujeres y el trabajo en la Argentina/ Catalina H.Wainerman	149
NOTAS DE INVESTIGACION	
Las construcciones sociales influyen sobre las estadísticas del trabajo: resultados del censo de población de 1991/ Adriana Marshall - Dora Orlansky	159
TEXTOS	
Max Weber escribe sobre la República Argentina/ Juan Carlos Agulla	167
Empresas rurales de colonos argentinos/ Max Weber	170
Derechos de los extranjeros en Argentina/ Max Weber	184
COMENTARIOS	
La teoría de las coaliciones mínimamente ganadoras y el caso italiano/ Sebastián M.Saiegh	187
RESEÑAS	193
REVISTAS	217
INFORMACIONES	221

6

DIRECTOR
 Juan Carlos Portantiero

SECRETARIOS DE REDACCION
 Pedro Krotsch
 Oscar Steimberg

COMITE EDITORIAL
 Luis Aznar
 Néstor Cohen
 Felicitas Elías
 Alicia Entel
 Horacio Martínez
 Enrique Oteiza

CONSEJO ASESOR
 Giorgio Alberti
 Jorge Balán
 Carlos Barbé
 Jesús Martín Barbero
 Atilio Boron
 José J.Brunner
 Arnaldo Córdova
 Julio Cotler
 Enzo Faletto
 Pablo González Casanova
 Jorge Graciarena
 Emilio de Ipola
 Julio Labastida
 Oscar Landi
 Jorge Luis Lanzaro
 Norbert Lechner
 Julio César Neffa
 José Nun
 Guillermo O'Donnell
 Ludolfo Paramio
 Margarita Rozas
 Ruth Santu
 Héctor Schmucler
 Silvia Sigal
 Juan Carlos Torre
 Alain Touraine
 Helgio Trindade
 Sergio Zermeño

COORDINADOR GENERAL
 Ricardo Sidicaro

COORDINADORES DE REDACCION
 Martín Medrano
 Alejandro Blanco

COORDINADOR TECNICO
 Osvaldo Pedroso

De Nairobi a Pekín

Las mujeres y el trabajo en la Argentina*

Catalina H. Wainerman**

LAS PÁGINAS QUE SIGUEN contienen un resumen parcial de la información incluida en el documento "Las mujeres y el trabajo en la Argentina" que elaboré a la solicitud del Consejo Nacional de la Mujer para integrar la ponencia argentina a la IV Conferencia Mundial de la Mujer convocada por Naciones Unidas para realizarse en Pekín, en 1995. Mi objetivo central en aquel documento fue brindar un panorama de la situación laboral de las mujeres desde los 70, cuando tuvo lugar la III Conferencia Mundial de la Mujer, en Nairobi. Aquí comenzaré por recorrer la década que va de 1970 a 1980, cuando se instala la crisis que nos acompaña hoy; seguiré por recorrer la década que va de 1980 a 1990, la que ha dado en denominarse la "década perdida". En el primer caso, me referiré a la totalidad de la población del país; en el segundo caso, por ausencia de datos del censo de 1991, con los recogidos por la Encuesta Permanente de Hogares, me concentraré en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA).

1. SE INSTALA LA CRISIS (1970-1980)

Desde los 50 y durante tres décadas, la Argentina, como el resto de América Latina, fue testigo de un crecimiento sostenido de su economía con sólo algunas fluctuaciones. A partir de los 80, esa dinámica disminuyó de manera drástica para llevar a la Argentina a vivir una profunda crisis económica. La política económica puesta en práctica a partir de marzo de 1976 persiguió la eficiencia y la modernización de la estructura productiva y, al hacerlo, trajo aparejado paradójicamente un endeudamiento externo sin

*Una primera versión de este artículo fue presentada en el IV Coloquio Interdisciplinario de Estudios de Género que se realizó en Buenos Aires del 1 al 3 de diciembre de 1994.

**CENEP-CONICET.

precedentes, una disminución del ritmo de crecimiento del empleo y de los salarios reales, un incremento de los precios y de la inflación, desindustrialización y terciarización de la producción y el empleo, un crecimiento significativo de la desocupación, de la subutilización de recursos y de la informalidad y la pobreza.

Los resultados de estas políticas fueron un estancamiento global y una amplia recesión industrial, llevando el producto *per capita* en 1983 a una cifra cercana a 11% inferior al de 1975. Así llegó la Argentina a un estancamiento no igualado en su historia luego de la crisis del 30. Los resultados de la política económica no se restringieron a deteriorar fuertemente las condiciones de vida y el bienestar general de vastos sectores de la población, también se manifestaron en una recomposición sectorial de la producción y el empleo bajo la forma de un avance de las actividades terciarias (comercio y servicios) y un retroceso de las secundarias (manufacturas). Esto se tradujo en crecimiento del cuentapropismo y achicamiento del empleo industrial. Pero el impacto fue diverso para las mujeres y para los varones.

1.1 Crecimiento de la actividad y cambios en la propensión a concurrir al mercado laboral: edad, estado civil y educación

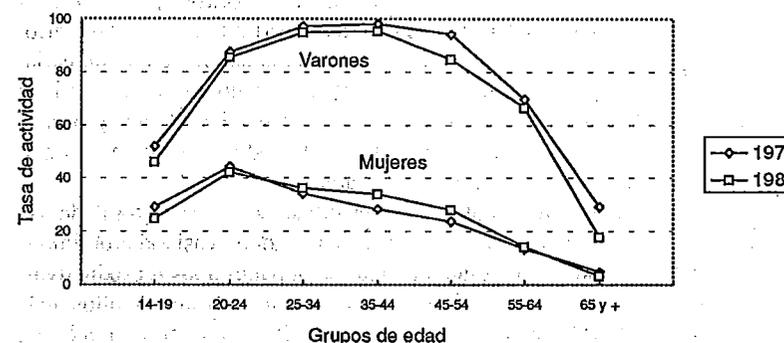
Desde la segunda posguerra hasta los 60 y más aceleradamente después de los 70, las mujeres habían aumentado su participación en la fuerza de trabajo.¹ Este movimiento de la casa al trabajo actuó como una contracorriente dentro del panorama de una fuerza de trabajo global decreciente, panorama al que contribuyeron los varones reduciendo sustancialmente su participación laboral vía los jóvenes (que prolongaron su escolaridad y retrasaron su ingreso al mundo del trabajo) y los mayores (que adelantaron su salida del mercado en pos de la jubilación y el retiro). A estos grupos se les añadieron, desde mediados de la década del 70 y más aceleradamente desde los 80, los varones adultos jefes de hogar, que redujeron su participación en el mercado laboral por efecto de la crisis.

Las cifras son claras, la proporción de mujeres trabajadoras de entre las de 14 y más años de edad, alcanzó 23% según el censo de 1947, se mantuvo en el mismo nivel en 1960 y luego creció aceleradamente hasta alcanzar 27% en 1970 y mantenerse en ese nivel en 1980. Aunque las cifras globales aparentan que no hubo crecimiento entre 1970 y 1980, éste efectivamente se produjo, pero fue opacado en el conjunto por la disminución de las trabajadoras muy

¹ La "población económicamente activa" o a la "población trabajadora", nombra a la población ocupada más la desocupada buscando trabajo. Excluye a las personas inactivas económicamente según los censos, las que no buscan trabajo, las estudiantes, jubiladas o pensionadas, inválidas permanentes, rentistas y amas de casa que no desempeñan simultáneamente una actividad laboral.

jóvenes y las de más edad, que ocurrió por las mismas razones que habían disminuido los varones (escolaridad y retiro). Estos decrecieron su participación sin interrupción, pasando de 1970 a 1980 de 80 a 75%. Las responsables del crecimiento, como se puede ver en el Gráfico 1, fueron las mujeres de entre 25 y 55 años de edad, cuya participación pasó de 29 a 33% y, entre ellas, más especialmente las de 35 a 55 años, que pasaron de 28 a 34%, lo que representa un alza de 21%. (Entretanto los varones de entre 25 y 55 años de edad y de todos los demás grupos de edad disminuían su participación de 97 a 92 por ciento). Se trata, sobre todo, de mujeres casadas y unidas, en su mayoría cónyuges del jefe del hogar, con niveles medio y, sobre todo, altos de educación, es decir, de los sectores sociales medios y altos.

Gráfico 1
Argentina, 1970-1980. Tasas de actividad económica por grupo de edad y sexo (%)



Fuente: Censos nacionales de población.

Pero no sólo más mujeres concurren al mercado laboral sino también permanecieron por más años en él y más reingresaron a trabajar a partir de los 30 a 40 años. Estas tendencias fueron más marcadas entre las mujeres casadas y las separadas y divorciadas. En suma, aparece una tendencia a una participación más estable, semejante a la de los países desarrollados.

La expansión de la educación, sobre todo secundaria, y la equiparación con los varones en esta materia ha tenido un efecto importante sobre el incremento de la oferta laboral de las mujeres. La postergación del matrimonio y la reducción del tamaño de la familia hicieron lo suyo en el mismo sentido.

1.2 La inserción ocupacional en la estructura productiva: sectores, ramas y grupos ocupacionales

Desde el lado de la demanda, el crecimiento de la participación económica de las mujeres se debió al del sector terciario, que comprende actividades ligadas al comercio y a los servicios. Este sector creció de 75 a 79%, concentrando en 1980 a 8 de cada 10 trabajadoras. Dentro del sector, las trabajadoras avanzaron sobre los puestos de trabajo disponibles en los sectores del comercio (29,8% del total del empleo terciario), de la educación y la salud y de los bancos y financieras (donde crecieron 14%). Avanzaron también sobre los puestos en la administración pública (5,6%) y sobre el servicio doméstico (10,1%), mientras prácticamente no crecían en la industria, que las había acogido en el pasado, en particular la textil y la de fabricación de prendas de vestir. Estos últimos sectores en los 60 se habían reestructurado como consecuencia de profundos cambios tecnológicos que incrementaron su productividad y resultaron en una caída del empleo, que algo más de una década más tarde se acentuó, en esta ocasión, a causa de la competencia externa fomentada por la política de apertura y rezago cambiario. En 1980, apenas 17% de las trabajadoras encontraba empleo en la industria, cifra inferior a 21% que representaba en 1970. Entretanto los varones salidos de la industria, mayormente jefes de familia, parecen haber ido a engrosar el ejército de trabajadores desocupados y de desalentados: los que no buscan trabajo porque anticipan que no lo encontrarán.

Estos movimientos acentuaron la concentración ya estructural de las mujeres trabajadoras en un corto número de ocupaciones, casi todas definidas como "femeninas" porque involucran tareas semejantes a las reproductivas. Se trata de tres grupos de ocupación que concentran, cada uno de ellos, más de 27% de mujeres, que es la proporción en que ellas están representadas en la fuerza de trabajo global. Son trabajadoras de los servicios personales, profesionales y técnicas y empleadas de oficina, que reclutan su mano de obra entre mujeres en 64,3, 51,9 y 41,4%, respectivamente. En el primer grupo son mayoría absoluta las empleadas domésticas, en el segundo las enfermeras y paramédicas y las profesoras y maestras y en el tercero las oficinistas.

2. LA "DECADA PERDIDA" (1980-1990/2)

Como ya dije, por falta de datos del censo de 1991, en esta sección concentré el análisis en la población residente en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA).

Con la asunción del gobierno constitucional, en 1983, se produjo una recuperación del salario real pero las dificultades económicas posteriores y los efectos de las políticas de ajuste siguieron afectando negativamente a los

salarios y a la demanda de mano de obra. Los altos niveles de inflación que marcaron este período atentaron contra las posibilidades de recuperación de los ingresos reales. El proceso de retirada del Estado como proveedor de bienes y servicios colectivos que se acentuó desde fines de los 80, disminuyendo los aportes a la infraestructura y los salarios en las áreas de salud y educación, empujó el traslado de estos costos a las unidades domésticas, con lo que los costos de la reproducción de las familias aumentaron. Como consecuencia de todo lo dicho, la sociedad argentina asistió a un paulatino aumento de la pobreza acompañado de altos niveles de desocupación, cuentapropismo, informalización y precarización laboral alimentada por los desplazados del sector industrial.

2.1 Crecimiento de la actividad con desocupación y subocupación

En esta década, entre 1980 y 1990, las mujeres aumentaron de manera manifiesta su propensión a concurrir al mercado de trabajo y lo han hecho frente a hombres que han mantenido o han decrecido la suya. Así es como en el AMBA, la tasa de actividad de las mujeres de 14 y más años de edad creció de 33 a casi 38% en la década, lo que equivale a 15%, es decir, sustancialmente más que en el total del país en la década anterior. Entretanto los varones de las mismas edades conservaron en alrededor de 70% su nivel de participación. Estos movimientos mantuvieron el proceso de feminización de la fuerza de trabajo que venía ocurriendo en la década anterior, haciendo que las mujeres del AMBA pasaran, en la década, de representar 34 a 36%. Por lo que muestran los datos de 1992, las tendencias señaladas entre las mujeres y los varones siguieron manteniéndose en los primeros años de los 90.

Los datos precedentes han sido interpretados como un mecanismo de ajuste ante la crisis del mercado laboral, que impulsó a las mujeres en mayor medida que en años anteriores a integrarse a la fuerza de trabajo para aportar ingresos a los depreciados presupuestos familiares. El hecho de que la participación de las mujeres cónyuges aumentara al mismo tiempo que descendía la de los varones concomitantemente con la reducción del empleo en la industria y la construcción sugiere que ellas salieron a trabajar para reemplazar los aportes al presupuesto familiar de los varones jefes de hogar y para apuntalar los ingresos familiares sumamente deteriorados. Pero debe quedar claro que esta incorporación de más mujeres a la actividad laboral no puede interpretarse simple y llanamente como indicador de modernización, desarrollo o crecimiento, como se entendía en los 70, cuando en la participación laboral se cifraban las esperanzas del cambio de la condición de la mujer. No puede interpretarse así porque, por una parte, esta salida responde a la necesidad de reemplazar salarios deteriorados de otros miembros del hogar y/ o a tratar de mantener un nivel de consumo y evitar un desclasamiento y, por

otra parte, porque en algunas jurisdicciones del país la salida con harta frecuencia terminó por engrosar las filas de un ejército de desocupados y de subocupados,² lo que es índice de una economía que no fue capaz de crear suficientes puestos de trabajo.

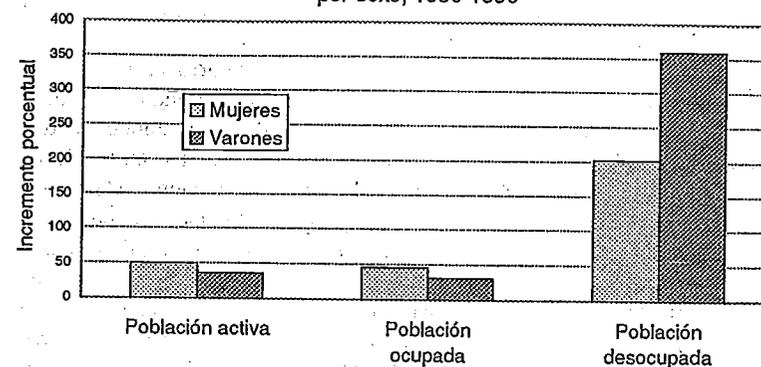
Efectivamente, en la década, en el AMBA la desocupación creció entre ambos, mujeres y varones activos, llegando a cifras que, si bien no son alarmantes en términos relativos frente a las de otros países de la región, figuran entre las más altas de la historia del país. En las mujeres, las tasas de desocupación del AMBA se duplicaron en la década. Notablemente este fenómeno alcanzó mayor extensión entre los varones que entre las mujeres, lo que contribuyó a producir, junto a la feminización de la fuerza de trabajo, una masculinización de la población desocupada. El hecho es digno de destacar dado que implica una inversión de la tendencia histórica en la que siempre las mujeres aventajaron a los hombres en la prevalencia de la desocupación. Por otra parte, la subocupación ha afectado más a las mujeres que a los varones y, en general, lo hizo de modo creciente a lo largo de la década. Es decir, son más las mujeres que los varones quienes trabajan menos de un tiempo completo (35 horas semanales) y que quisieran trabajar más horas.

El panorama que surge de analizar el crecimiento de la población activa, la ocupada y la subocupada en cifras absolutas entre 1980 y 1990 es claro y puede verse en el Gráfico 2. En lo que hace a la población activa, fue sustancialmente mayor entre las mujeres (entre 50 y 113%) que entre los varones (entre 35 y 80%), pero dicho crecimiento se produjo en mucha mayor medida vía la desocupación, es decir, vía una búsqueda infructuosa de trabajo y vía la subocupación, es decir, por jornadas de menos horas que las deseadas, que vía la ocupación de tiempo completo. Como dije, la desocupación afectó más a los varones y la subocupación a las mujeres. La proporción de mujeres que trabajan un número insuficiente de horas sobre el total de las ocupadas llegó a cifras muy altas, superando casi 15% en el AMBA.

En suma, las cifras de desocupación y subocupación nos ponen frente a un hecho insoslayable: el deterioro de la situación del empleo de mujeres y de varones en la década. El hecho hay que subrayarlo para poner en evidencia que el aumento de la tasa de actividad femenina no ha de entenderse como un aumento de las posibilidades de puestos de trabajo y de empleo para las mujeres.

² Son "ocupadas" las personas que trabajaron o tenían un empleo al que por circunstancias transitorias no concurren (huelga, mal tiempo, etc.) al menos por una hora durante la semana anterior al relevamiento de la encuesta. Son "desocupadas" (abiertas) las que en la semana de referencia no tuvieron trabajo y lo estuvieron buscando. Son "subocupadas" las que trabajaron esa semana, pero menos horas que las que quisieran trabajar.

Gráfico 2
AMBA. Incremento porcentual de la población activa,
ocupada y desocupada, de 14 años y más,
por sexo, 1980-1990



Fuente: Encuesta Permanente de Hogares, onda octubre.

Las cifras son claras. En el AMBA, la población femenina de 14 años y de más edad económicamente activa aumentó en términos absolutos entre 1980 y 1990 casi en 50%, algo más que la población femenina ocupada (44,4%), pero mucho menos que la desocupada, que creció unas cuatro veces (202,1%). Las cifras equivalentes para los varones son de 35,3% para la población activa, 30,6% para la ocupada y 359,7% para la desocupada, respectivamente. Esto significa que, en términos relativos, una parte de la población que concurrió al mercado de trabajo no encontró posibilidades de insertarse y que esto lo sufrieron algo más los varones que las mujeres. Pero también significa que quienes sí encontraron esas posibilidades terminaron en empleos precarios, de escaso tiempo e insuficiente protección.

La relativa mejor situación o, para decirlo con mayor propiedad, la algo menos mala situación de las mujeres respecto de los varones parecería indicar que ellas tuvieron más posibilidades que ellos de conseguir trabajo, aunque cuando lo lograron fue para acceder con harta frecuencia a puestos de trabajos precarios. No sólo son muchas las que no lograron trabajar tantas horas como necesitaban, tampoco lograron hacerlo con niveles de protección dignos. En efecto, entre 1980 y 1990 las mujeres del AMBA encontraron ocupación crecientemente en puestos en los que no gozaban de beneficio social alguno (12,3% en 1980 y más del doble, 27,7%, en 1990), mientras quienes lo encontraban en puestos que gozaban de algún beneficio social disminuyeron

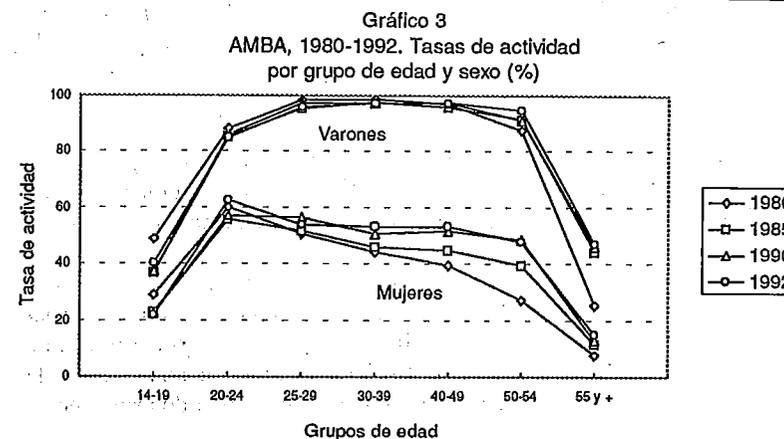
a casi la mitad, de 24,7 a 14,0% en la década. El empleo masculino siguió igual tendencia hacia la precarización, si bien a partir de cifras algo menos desfavorables. Estas tendencias se aminoraron en los primeros años de los 90.

2.2 Las propensiones a concurrir al mercado laboral: edad, posición en el hogar y educación

¿Quiénes son las mujeres cuyas propensiones a concurrir al mercado de trabajo aumentaron más? Son las mujeres de entre 30 y 55 años de edad, es decir, mujeres maduras con familias ya formadas. Esta tendencia, que continúa más aceleradamente que la que ya se había instalado en la década anterior, modificó radicalmente los perfiles de actividad económica femenina prevalecientes hasta entonces que eran de tipo unimodal, con una participación económica máxima a edades tempranas (20 a 25 años), anteriores al matrimonio o al inicio de la maternidad. En la década que va de 1980 a 1990, con una clara tendencia a continuar entrada la última década del siglo XX, los perfiles de participación de las mujeres se asimilan más a los de los varones, es decir, de unimodales tienden a transformarse en mesetas, lo que equivale a decir, en trayectorias laborales poco sensibles a las transiciones en el ciclo de vida familiar.

Así, en 1990, igual que en 1980, pasados los 20 años, la participación económica de las mujeres aumenta abruptamente para duplicarse, y a veces más que ello, en el grupo de edad siguiente, el de 20 a 25 años, pero, a diferencia de lo que ocurría en 1980, ahora las mujeres permanecen hasta edades más avanzadas en el mercado de trabajo y se retiran después de los 50 y aun después de los 55 años.

En el AMBA, en 1980, las tasas de actividad de las mujeres llegaban a sobrepasar 50% sólo entre las mujeres de 20 a 30 años de edad, pero en 1990, y más aún en 1992, estas propensiones a participar se mantienen en esos niveles aún entre mujeres de hasta 50 años de edad. Los varones, entretanto, casi sin excepción y cualquiera fuera su edad, disminuyeron o mantuvieron su participación laboral a lo largo de la década, como se ve en el Gráfico 3.



Fuente: Encuesta Permanente de Hogares, onda octubre.

2.3 La inserción ocupacional en la estructura productiva: categoría ocupacional y ramas de actividad

¿Dónde y bajo qué modalidades se insertan las mujeres en el mercado laboral? Mujeres y varones históricamente se han insertado como asalariados, sea como obreros o como empleados. En la década que va de 1980 a 1990, como venía ocurriendo en la década anterior, se profundizó el proceso de disminución de la asalarización en beneficio del crecimiento del cuentapropismo. Entre los varones la tendencia es similar pero algo más atenuada.

El cuentapropismo se inició como fenómeno definido en los 60 como vía de trabajo independiente para los trabajadores expulsados de los sectores agropecuarios e industriales. En los 80 el cuentapropismo creció a consecuencia del proceso de des-industrialización y lo hizo bajo formas precarias e informales. Durante la década de los 80 se acentuó la des-industrialización y fue el sector terciario el que absorbió a la mayor parte de las y los trabajadores. Es el caso del AMBA, en la década las mujeres disminuyeron su presencia en el sector de 25,7 a 18,0%. También disminuyeron su presencia en el sector los varones (de 49,1 a 39,5%). Ambos se reubicaron en el terciario pero de modo algo diferente. Ellas fueron a los servicios, especialmente a los sociales y personales, y ellos al comercio.

En suma, en la década se mantiene y se acentúa la segmentación genérica del mercado laboral ya que las mujeres se concentran cada vez más en el sector terciario, especialmente en los servicios, disminuyendo su presencia en la industria. Aunque los datos disponibles para esta revisión no permiten mirar

en detalle dentro de los sectores, otros estudios, especialmente centrados en el AMBA, revelan que también en el interior del subsector servicios el empleo femenino y masculino está segmentado. Las mujeres se concentran en el servicio doméstico y también en los servicios de educación y salud, además de hacerlo en los de la administración pública. Se trata de subsectores que en los últimos años han sufrido un serio proceso de deterioro, acompañando al retiro del Estado de su custodia. En otras palabras, la segregación horizontal parece haberse acentuado en la última década, acompañando al retiro de la industria como generador de empleo.

En los primeros años de los 90, las tendencias al crecimiento de la tasa de actividad femenina y el estancamiento o descenso de la masculina continuaron, lo que significa que la fuerza de trabajo sigue feminizándose. Entretanto, la subocupación ha detenido su ritmo creciente de feminización; también la desocupación se aminoró. La precarización del empleo retardó asimismo su ritmo ascendente aunque está lejos de detenerse.

Lo que es una tendencia aparentemente ya establecida, que continúa en la década de los 90, es la propensión a concurrir al mercado laboral de las mujeres, en particular las de edades medianas y maduras y las de mayor educación, tendencia que comparten también los varones. En lo que sí hay un cambio sistemático en todas las jurisdicciones es en un retiro del empleo femenino en los servicios sociales y comunales y una redirección hacia el comercio.

BIBLIOGRAFIA

- ALASINO, C., "Estancamiento económico e inserción femenina: el caso del mercado de trabajo en la Ciudad de Córdoba", en Feijóo, María del Carmen (comp.), *Mujer y sociedad en América Latina*, Buenos Aires: CLACSO, 1991.
- CEPAL, "Política económica y procesos de desarrollo. La experiencia argentina entre 1976 y 1981", *Estudios e Informes*, N°27, 1983.
- CORTÉS, R., "Precarización y empleo femenino" en Galín P. y Novick M. (comps.), *La precarización del empleo en la Argentina*, Buenos Aires: CEAL-CIAT-CLACSO, 1990.
- GARCÍA DE FANELLI, A.M., "Empleo femenino en la Argentina: de la modernización de los 60 a la crisis de los 80", *Desarrollo Económico*, Vol.31, N°123, 1991.
- GELDSTEIN, R.N. y WAINERMAN, C.H., *Trabajo, carrera y género en el mundo de la salud*, Cuaderno del CENEP N°42, Buenos Aires: CENEP, 1989.
- MORENO, M., "Estudio sobre la evolución de la estructura sectorial del empleo en la Argentina 1970-1992", (informe preliminar), Buenos Aires, 1993.
- SAUTU, R., "Oportunidades ocupacionales diferenciales por sexo en Argentina: 1970/1980", *Estudios del Trabajo*, N°1, primer semestre, 1991.
- TOKMAN, V., "Crisis, ajuste económico y costo social", *Trimestre Económico*, Vol.53, N°209, 1986.

NOTAS DE INVESTIGACION

Las construcciones sociales influyen sobre las estadísticas del trabajo: resultados del censo de población de 1991

Adriana Marshall* - Dora Orlansky**

LA CUESTIÓN LABORAL es hoy en la Argentina un tema que preocupa a la opinión pública. Cuando en 1994 las cifras de desempleo alcanzaron un record histórico, las estadísticas laborales dejaron de ser un problema exclusivamente técnico y se convirtieron en un tema de interés general. Este artículo trata sobre un aspecto de las estadísticas laborales: la medición de la población económicamente activa, una de las variables más significativas para el análisis del empleo y sobre cuya base se calcula la tasa de desempleo. Se exponen en este trabajo las principales características de una innovación en el modo de relevamiento que se introdujo en el censo de población de 1991, la discusión de sus fundamentos y una evaluación de los resultados obtenidos.

EL PROBLEMA

Existen estimaciones divergentes acerca de la magnitud de la población económicamente activa. Muchas de las controversias soslayan el hecho según el cual, como todas las indagaciones cuantitativas, las estimaciones numéricas dependen de las conceptualizaciones subyacentes: detrás de un instrumento de medición en las ciencias sociales hay siempre una elaboración teórica. Un cuestionario aparentemente tan neutral e inocuo como el del censo de población esconde una serie de decisiones teóricas, verdaderas construcciones de la realidad social, que van siendo modificadas por mejoramientos técnicos (que apuntan generalmente a la confiabilidad) y por redefiniciones conceptuales (tendientes a aumentar la validez).

El concepto de trabajo es un caso paradigmático; según las restricciones (o inclusiones) impuestas por su definición se reduce (o amplía) el volumen de la población con desempeño laboral. En este sentido, el tamaño de la población económicamente activa varía si se considera como trabajador sólo al que desempeña una actividad remunerada o, por el contrario, también al que

* CONICET-IDES.

** Instituto de Investigaciones, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.